

LA LLEGADA.

A duras penas logré llegar, empujando mi viejo carruaje hasta el pétreo edificio que envuelto en una persistente niebla apenas me dejaba adivinar que se escondían tras sus bastos muros.

El miedo empezó a adueñarse de mí conforme acercaba mi mano a la manilla de la puerta de madera de roble. Cuando estaba punto de darle un sonoro golpe, mi mano fue asida de manera sutil por un desconocido.

Buen hombre - me dijo- respete el silencio de los moradores de este convento. El ruido solivianta a las fieras y espanta a los espíritus.

LA NOVICIA.

- Madre abadesa, la novicia está esperando.
 - Pero su llegada, ¿no estaba prevista hasta mañana?
 - Eso le he dicho yo, pero resulta que llevaba en el convento una semana escondida.
 - ¿A qué viene tanto misterio?
 - Necesitaba comprobar que una noche en el convento no era suficiente para tomar una decisión tan importante.
 - Y después de vuestra experiencia, ¿en qué ha quedado la cosa?
- He decidido cambiar el hábito por el delantal de chef. Los fogones de la cocina, no el fuego del infierno, me ha despertado mi auténtica vocación

¡CÓMO PASA EL TIEMPO!

Parece que fue ayer cuando me engendraron, dándome carta de naturaleza y exhibiéndome con el orgullo de ser el símbolo de una villa en efervescencia.

Parece que fue ayer, y sin saber el nombre con el que sería finalmente bautizada, decidieron llamarme Plaza Mayor.

Parece que fue ayer, cuando por caprichos del destino, me hicieron cambiar de fisionomía, como si de un lifting se tratara. Soportarles, puertas, jardines me transformaron en lo que

actualmente soy. Lugar de encuentro de propios y extraños,
acogedora y cobijadora de inconfensables secretos.

Parece que fue ayer y ya han pasado cuatrocientos años.